

EL RASGO QUE UNE A STALIN CON TOGLIATTI

por AUGUSTO DEL NOCE*

Se ha hablado mucho de un “paréntesis estaliniano” en la historia del comunismo. Paralelamente, hoy en día quiere hacerse referencia al “paréntesis togliattiano” de la historia de la izquierda italiana. En los dos casos existiría una condena a partir de una “investigación histórica libre y laica”. Este juicio adolece de un vicio, ya que Stalin sería juzgado en nombre de Lenin y Togliatti en nombre de Gramsci. No puedo estar de acuerdo en este punto, porque ciertamente el proceso no puede conducirse en nombre de Lenin o Gramsci. Se requiere un testimonio a favor de ambos y hay que decir claramente que Stalin fue fiel a Lenin y Togliatti a Gramsci.

Recuerdo una larga conversación, hace unos treinta años, con Franco Rodano. El celebraba la memoria de Stalin, cuyo retrato tenía en su estudio, contra Kruschey, del cual tenía un juicio sumamente duro. Sin la férrea energía de Stalin, el comunismo habría sido derrotado. Precisamente por el hecho de haber aceptado poner en práctica, en nombre de los más altos ideales, una necesaria dureza, había que considerarlo como el héroe del principal hito de la historia después del cristianismo. ¿Y Togliatti? Se encontraba entre los que habían comprendido mejor el estalinismo. La misma necesidad histórica que motivaba la inflexibilidad contra las desviaciones tanto de derecha como de izquierda, bucharinianas o trotskistas, requería la línea unitaria antifascista y muy especialmente la insistencia en un acuerdo con los católicos.

En el mundo occidental, Togliatti era el estratega de la nueva etapa del comunismo, una etapa interpuesta por la guerra antifascista. El rasgo que unía a Stalin con Togliatti era un profundo sentido de la historia. Para ellos, la revolución conllevaba el momento de la ruptura radical, pero también el de la continuidad con el pasado. Todo elemento válido en la historia de las naciones habría sido recuperado para confluir en el comunismo. Stalin habría sido el salvador del comunismo, radicándolo en la historia rusa. Togliatti pretendía lograr lo mismo en Italia. La pluralidad de vías nacionales no era meramente un expediente táctico sino que provenía de un profundo sentido de la historicidad; debía representar la salvación de todo aquello que siendo auténticamente positivo se había realizado antes de la revolución.

Mi respuesta era la siguiente: “Tu razonamiento es totalmente coherente y correcto en cuanto a la interpretación tanto de Stalin como de Togliatti, pero no estoy de acuerdo en la primera premisa. Para mí, una causa que solamente puede triunfar con medios tan inhumanos no puede ser justa ni

*AUGUSTO DEL NOCE: Catedrático de Filosofía Política de la Universidad de Roma. Senador por la Democracia Cristiana italiana y autor de diversas obras sobre Eurocomunismo.

conducir a resultados justos. Los medios repercuten en el fin y el comunismo nunca conseguirá crear esa nueva humanidad considerada en los objetivos iniciales del marxismo; por el contrario, conducirá a lo opuesto”. Mi juicio no ha cambiado y ciertamente tampoco habría variado el de Rodano si aún estuviera con nosotros.

Veamos los puntos que actualmente se imputan a Togliatti, incluso por una fracción de los comunistas. Se habla de contradicción no resuelta entre la exaltación del grupo dirigente estaliniano y la búsqueda de una vía democrática en Italia; de colaboración a lo que algunos llaman en este momento “el asesinato moral de Gramsci”.

En primer lugar, en cuanto a su estalinismo, es posible responder con la defensa que hizo de sí mismo, frente a una acusación análoga en 1957, el filósofo marxista de este siglo, Lukacs: “Como compañero de lucha, he visualizado la acción de Stalin, para salvar la verdadera herencia de Lenin, contra Trotski, Zinoviev, etc., y he visto el rescate y adaptación para su ulterior desarrollo de las conquistas que Lenin nos transmitió. Sin embargo, se trataba también de problemas que ponían cada vez en mayor evidencia el aspecto negativo de los métodos estalinianos. Me refiero, naturalmente, a los grandes procesos, cuya legalidad desde un comienzo consideré con escepticismo, de modo muy semejante a la de los procesos contra los girondinos, dantonianos, etc., en la gran revolución francesa, cuya necesidad histórica yo reconocía sin preocuparme demasiado de su legalidad. Si hoy me preguntaran por qué no asumí públicamente una posición contraria, destacaría en primer plano la imposibilidad moral. La Unión Soviética se veía enfrentada a una inminente lucha decisiva contra el fascismo. Pensaba, al igual que otros compañeros, que independientemente de lo que hiciera en esa situación el partido conducido por Stalin, había que solidarizar incondicionalmente con el mismo en esa lucha, poniendo la solidaridad por encima de todo”.

Lo que inducía a Stalin a emplear métodos que ya habían sido usados por los jacobinos no era, pues, tan solo una ambición desenfrenada de poder. El vivía obsesionado por el carácter inevitable de la guerra a la cual lo precipitarían los países capitalistas y por encontrar la forma de dividirlos, cosa que consiguió. Veía en el trotskismo, como línea en la cual finalmente confluían también los buckarinianos, a pesar de sus diferencias ideológicas, el elemento que habría conducido inevitablemente al fracaso. El uso del terror integral le parecía una necesidad. El Partido Comunista, que él siempre concibió como una realidad unitaria mundial, tenía en aquel entonces la apariencia de un ejército revolucionario. Stalin era su jefe y puesto que no había sido un traidor, todo aquel que creía en el comunismo tenía la obligación moral de obedecerle. En cuanto a Gramsci, el vínculo sólo se produjo estrechamente cuando Togliatti pudo leer, durante la guerra de España, los cuadernos de la prisión. En ese momento se convenció de que la estrategia de Gramsci era la única que haría posible el triunfo del comunismo en Occidente y se mantuvo rigurosamente fiel a la misma, en la organización del PCI.

En cuanto a la acusación de no haberse esmerado para que el gobierno soviético solicitara al italiano autorización para acoger a Gramsci en Rusia, ésta no tiene sentido. En primer lugar, aparte de las dificultades diplomáticas,

la mentalidad gramsciana era completamente incomprensible para los comunistas rusos, independientemente de la fracción a la cual pertenecieran y su suerte probablemente había sido marcada durante las represiones estalinianas. Aun a riesgo de caer en lo paradójal, hay que decir que en ese momento el lugar más tranquilo y seguro para Gramsci era la prisión de Mussolini, ya que era acechado y hostilizado en gran medida por los comunistas extremistas en la misma Italia y su pensamiento no podía ser comprendido en los demás países europeos.

Si se desea un proceso, éste ha de concernir al comunismo y a lo que la encíclica *Divini Redemptoris* llama su “intrínseca perversidad” y no a las figuras individuales de sus protagonistas. Esta era, en el fondo, también la línea de la revista socialista *Mondoperaio*, aun cuando su lenguaje fuera otro. No es comprensible que en este momento se quiera utilizar al “santo” de Gramsci para atacar al “malo” de Togliatti.